

**(Re) Definiendo las identidades y la acción política: multitudes diversas, sujetos colectivos y movimientos sociales en la Centroamérica del nuevo milenio.**

*Conferencia Inaugural del Ciclo Lectivo del 2007  
Escuela de Antropología y Sociología  
Universidad de Costa Rica*

**Montserrat Sagot**

Dice la poeta negra estadounidense Audre Lorde que: “la calidad de la luz con la que observamos nuestras vidas tiene un efecto directo sobre la manera en que vivimos y sobre los cambios que queremos lograr con nuestro vivir.” En esta luz, dice ella, “concebimos las ideas mediante las que tratamos de descubrir nuestro mundo y hacerlo realidad.<sup>1</sup>”

Las Ciencias Sociales centroamericanas tuvieron sus esperanzas y su luz puestas en los movimientos sociales populares de los años 70 y 80. Esa fue la época en que, desde una perspectiva muy optimista, casi mesiánica, las ciencias sociales y sus profesionales, como actores sociales, emprendimos un proceso de análisis, investigación y también participación directa en los movimientos populares de la época. Se puede afirmar entonces que las décadas de los años 70 y 80 fue la época de los movimientos sociales y de la esperanza revolucionaria. Fue la época del IV Congreso Centroamericano de Sociología “Blas Real Espinales” cuyo tema principal fue “**Los movimientos populares en Centroamérica y el Caribe.**” Fue la época de los libros y análisis de Daniel Camacho, Mario Lungo, Guillermo Bonfill, Lito Menjívar, Candelaria Navas y Orlando Fals Borda, entre otros.

---

<sup>1</sup> Lorde, Audre. 2003. *La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias.* Editorial Horas y Horas: Madrid. Pp. 13.

En ese sentido, tanto como objeto de estudio como terreno político de acción, los movimientos sociales fueron fundamentales en ese período.

La importancia social y política del trabajo de estos académicos y algunas pocas académicas es que, en un período de represión abierta, guerra y de persecución, de forma valerosa crearon una fusión de la política y la academia, tanto dentro de las universidades como fuera de ellas. Es decir, no se establecieron separaciones artificiales en estos dos terrenos.

Esta fue la época en que nuestros análisis, de forma contrastante y dependiendo del lugar político en que se ubicaran los autores, estaban informados por los paradigmas monolíticos del marxismo o del estructural-funcionalismo. Todo esto dio como resultado que muchas veces la subjetividad de las personas, sus valores y emociones fueran expulsadas de la reflexión científica. Así, la construcción del concepto del sujeto popular de la época, categoría privilegiada para muchos autores y autoras, especialmente los influenciados por el marxismo, descansaba en una potente ficción que relegaba la esfera privada y el mundo de la subjetividad y de los sentimientos al espacio de la naturaleza y de lo personal, es decir fuera del mundo de la política.

Desde esa perspectiva, se hizo una construcción bastante simple del sujeto revolucionario, muy parecida a la del individuo de la modernidad; es decir, abstracto, ahistórico, sin género, sin etnia, solo que con la calidad “de hombre nuevo revolucionario”. Este concepto, sin embargo, no era neutral: era un concepto definido y construido desde lo masculino. Se generó así la imagen de un hombre de cierta edad, de cierta pertenencia cultural y con ciertas capacidades. Es decir, el sujeto popular de la época fue construido a imagen y semejanza del hombre, del hombre obrero y campesino, pero hombre al fin y al cabo. Con esto, los análisis sociales de los años 70 y 80

olvidaron que la identidad humana está sexual y étnicamente diferenciada, y que la misma existe bajo formas corporales específicas, que determinan el poder, las capacidades sociales y las posibilidades de vida que tendrá cada individuo. Es decir, el cuerpo no es un dato pasivo cuando del ejercicio del poder se trata. Y esto no fue tomado en consideración en la construcción de la categoría de sujeto popular.

Con estos análisis, siguiendo la tradición de la modernidad, de la que el marxismo es hijo, se olvidó que la política y el poder no son asuntos de individuos abstractos, y que el sexo, la etnia, la nacionalidad y la edad, entre otras categorías, no son irrelevantes cuando se analizan la acción política y los procesos de cambio social.

Por otra parte, se miraba a la clase trabajadora o al sujeto popular como el sitio de la construcción y la organización de la protesta revolucionaria. No había otro sitio posible. La clase trabajadora se entendió como un sujeto social unificado que podía representar y hablar por una multiplicidad de identidades heterogéneas y por complejos procesos sociales. De alguna forma se construyó un sujeto inconmesurable, con lo que se tendió a marginar, despreciar e incluso a considerar sospechoso a cualquier movimiento o acción que no se originara en las propuestas de la clase trabajadora. Por ejemplo, en América Latina, los movimientos sociales no ligados directamente a la lucha de clases, como el movimiento feminista, fueron acusados por la izquierda de ser diversionistas, divisionistas y alejados de los asuntos reales y materiales que verdaderamente importaban.

Recuerdo como a inicios de los 80 se nos decía que frente a la violencia política que vivía Centroamérica, ¿cómo podíamos preocuparnos por la violencia contra las mujeres?, que era una violencia menor, un problema privado, de socialización o de malas relaciones personales. Tuvo

que llegar el año 1994 para que el mundo, en la Conferencia Mundial de Derechos Humanos de Naciones Unidas en Viena, reconociera a la violencia contra las mujeres como una violación de los Derechos Humanos, tan grave, estructural y sistemática como las cometidas por los poderes represivos de los estados, y por la que esos estados también debían responder.

Además de lo anterior, en ese contexto, los asuntos relacionados con la opresión de las mujeres o de otros grupos subordinados, como los indígenas, los y las jóvenes o la población afrodescendiente, fueron considerados como contradicciones secundarias que serían resueltas una vez que se resolviera la contradicción principal, es decir la lucha de clases.

La clase trabajadora y su proyecto político fueron así elevados a una categoría epistemológica y ontológica superior para analizar los movimientos sociales. Los asuntos materiales y de clase se convirtieron en las categorías analíticas esenciales para analizar, pero también para legitimar e incluso para nombrar, a los movimientos sociales. Siguiendo a Lenin, se asumió que cualquier interés en asuntos específicos, expresado por algún sector social, implicaba una falta de teoría y práctica revolucionaria, dado que el objetivo final de la clase trabajadora era la transformación estructural de la sociedad y no reformas parciales.<sup>2</sup>

Es evidente que en el contexto de la represión vivida en la región en esos años, de la ocupación militar y del asesinato y persecución abierta de muchos intelectuales, estas posiciones estaban plenamente justificadas. Sin embargo, las urgencias de la época, produjeron que todo lo demás se quedara por fuera y ni siquiera mereciera ser nombrado como acción colectiva potencialmente transformadora.

---

<sup>2</sup> Lenin, Vladimir I. 1975. "What is to be done." Pp. 12-114 en The Lenin Anthology, editado por R.C. Tucker. Oxford University Press: Nueva York.

Lo anterior tiene serias consecuencias teóricas, políticas y prácticas porque, como dijo la socióloga chilena Julieta Kirkwood, un movimiento liberador que no incluya la liberación de todas las formas de opresión en su agenda de transformación está básicamente negándose a sí mismo.<sup>3</sup> O como lo dice la socióloga estadounidense Patricia Lengermann, la comprensión de todos los elementos básicos que producen y organizan las diferentes formas de explotación y opresión es la base de una teoría de la dominación.<sup>4</sup>

Con los profundos cambios vividos por el sistema capitalista mundial y regional desde fines de la década de los años 80, con los retrocesos experimentados por el socialismo como sistema alternativo de sociedad, con la firma de Acuerdos de Paz en la región y con el inicio de la democratización formal en nuestros países, se abre una nueva época que permitió apreciar la complejidad de la dinámica social organizativa y de los sujetos sociales. Esto porque se produjo una expansión de la sociedad civil y de las posibilidades de organización, en algunos casos apoyados por los mismos movimientos sociales que habían logrado llegar al poder, como los Sandinistas en Nicaragua.

Aparecen entonces en escena una variedad de formas de acción política heterogéneas, en muchos casos espontáneas y contradictorias, caracterizadas por una mezcla de discursos liberales, democráticos, conservadores y socialistas, que se expresan por medio de formas nuevas y tradicionales de organización política y que combinan los objetivos de corto con los de largo plazo.<sup>5</sup> Así, en los últimos 15 años, emergen nuevos movimientos de mujeres, generacionales, de personas con discapacidad,

---

<sup>3</sup> Kirkwood, Julieta. 1984. "El feminismo como negación del autoritarismo." *Nueva Sociedad* 71:114-121.

<sup>4</sup> Lengermann, Patricia M. y Jill N. Brantley (2000), "Teoría feminista contemporánea", pp. 353-409. En *Teoría Sociológica Contemporánea*, editado por G. Ritzer, McGraw-Hill: México.

<sup>5</sup> Melucci, Alberto. 1985. "The symbolic challenge of contemporary social movements." *Social Research* (52) 4.

urbanos, étnicos, religiosos, de derechos humanos y ecologistas, que no llegan necesariamente a plantearse metas ni acciones holísticas. Se presentan incluso nuevas manifestaciones y alianzas en el seno de los movimientos sociales clásicos (sindical-campesino), como por ejemplo la alianza entre la Asociación Nacional de Empleados Públicos (ANEP) con el movimiento por la diversidad sexual.

Estos nuevos movimientos y formas organizativas representan un cambio significativo en relación con la naturaleza de las luchas sociales que libraron los llamados movimientos tradicionales. Es decir, ya las preocupaciones y motivaciones no se centran únicamente en los asuntos materiales, económicos y de clase, sino en una variedad de problemas sociales, culturales y relacionados con la calidad de vida, con las vivencias personales y subjetivas, y con las formas capilares en que se expresa el poder, tanto en los espacios públicos como en los privados.<sup>6</sup> Como lo diría Felix Guattari, entramos en una época en que las minorías del mundo comenzaron a organizarse contra los poderes que les dominan y contra todas las ortodoxias.<sup>7</sup> Estos nuevos movimientos se han convertido en lugares de producción de identidades que se resisten a la normalización, es decir, a ser parte de la norma unitaria, que desconfían del poder totalitario, sea de quien sea, y de los discursos “universalizantes”. Se ha producido así una politización de otras áreas de la vida, que antes no eran consideradas como terreno para la acción política.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> Walsh, Edgar J. 1981. “Resource mobilization and citizens protest in communities around Three Mile Island. Social Problems 29: 1-21.

<sup>7</sup> Guattari citado por Preciado, Beatriz. 2004. Multitudes Queer. Notas para una política de los “anormales” en <http://multitudes.samizdat.net/~Multitudes-une-revue-trimestrielle-.html>.

<sup>8</sup> Sagot, Montserrat. 1992. Women, political activism and housing: the case of women’s struggle for housing in Costa Rica. Ph.D. Dissertation. Department of Sociology. The American University, Washington, D.C.

Y no es que algunos de estos movimientos no se enfrenten y opongan resistencia contra el autoritarismo y la represión del Estado; de hecho, muchos de estos movimientos han desplegado importantes acciones de oposición al autoritarismo, como las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, icono en este sentido, o como los diferentes movimientos estudiantiles. Sin embargo, desde una investigación sobre movimientos sociales que realizó CLACSO a fines de los años 80, ya se indicaba que declinaban los movimientos históricos tradicionales y los proyectos globales de transformación que animaban a estos movimientos.<sup>9</sup> Como lo plantea Mario Garcés, si revisamos las perspectivas y la fuerza real de los movimientos sociales Latinoamericanos que pretendían modelos nacionales independientes o transformaciones clasistas acabadas, probablemente concluyamos que estas orientaciones y prácticas han ido perdiendo progresivamente su impulso vital.<sup>10</sup>

El cambio de época, la desilusión de muchos sectores oprimidos con las organizaciones políticas tradicionales, por no haber considerado sus intereses en los procesos de lucha, la pérdida de efectividad de estas organizaciones, la heterogeneidad cultural y la aparición de nuevas formas de conflicto social, hicieron que el viejo concepto del sujeto popular perdiera su capacidad explicativa.

Siguiendo a George Yúdice, se puede decir que el desgaste de la categoría del sujeto popular implicó una crisis entre los intelectuales latinoamericanos.<sup>11</sup> No solo porque los procesos políticos de transformación no dieron los resultados esperados, -ni la Revolución Sandinista, ni la lucha

---

<sup>9</sup> Calderón Fernando y Elizabeth Jelin. 1987. "Clases sociales y movimientos sociales en América Latina." En Proposiciones, SUR Profesionales, No.14.

<sup>10</sup> Garcés, Mario D. 2003. Los movimientos sociales en América Latina en el actual contexto. Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Mimeo.

<sup>11</sup> Yúdice, George. 1996. "Intellectuals and civil society in Latin America." Ann. Scholar 11(1/2):157-174.

revolucionaria Salvadoreña terminaron produciendo a la sociedad nueva y al hombre nuevo-, sino porque tener que renunciar a esa categoría de análisis, también implicaba la renuncia a muchos sueños y esperanzas de transformación social. Además, con la pérdida de vigencia de esta categoría los profesionales de las ciencias sociales y otros intelectuales ya no se podían presentar como la vanguardia académica con el papel especial de explicar los procesos sociales en su conjunto; ya no se podía tener una vocación generalizadora derivada de la combinación de poseer una supuesta visión de la totalidad y un vínculo orgánico con los movimientos.<sup>12</sup>

A pesar de lo anterior, estamos ante nuevos protagonistas que están influyendo de modo muy significativo en la historia social y política de la región y que se convierten en importantes agentes sociales, constructores de identidades colectivas ligadas a las relaciones de comunicación, consumo y a diversas formas de expresión del poder. Sin embargo, hay que reconocer que la relación entre el desarrollo de los nuevos movimientos sociales y el nuevo contexto no es claro ni unívoco; de hecho, es muy complejo, lleno de avances y retrocesos. Me parece que la mayor dificultad de las ciencias sociales con los nuevos movimientos sociales tiene que ver con la comprensión de su significado, su novedad o no, y sus potencialidades de transformación.

Frente a los cambios, y no se trataba de un cambio menor, un ciclo se cerraba y otro se abría. Y como ocurre casi siempre, sabemos más del ciclo que se cierra que del que se abre. Las ciencias sociales se vieron enfrentadas a una serie de preguntas, tales como: ¿Qué eran estos nuevos movimientos? ¿Que representaban? ¿Que efectos podían tener sus acciones? ¿Que hacer

---

<sup>12</sup> Hale, Charles H. 1997. "Cultural politics of identity in Latin America." *Annual Review of Anthropology*, vol. 26: 567-590.

frente a la diversidad? ¿Está surgiendo una nueva manera de hacer política o se trata solo de un fenómeno transitorio? ¿Son estos los nuevos sujetos de la historia? ¿Son realmente nuevos o hay continuidad con los anteriores?

Frente a la novedad que representaban las nuevas multitudes diversas se han ido estructurando una serie de respuestas. Una de ellas es que más que una nueva forma de hacer política, los movimientos expresan algo más profundo: expresan cambios en los discursos y en las prácticas que organizan las relaciones sociales. Como lo expusieron Fernando Calderón y Elizabeth Jelin en su momento, no se trata solamente de nuevas formas de hacer política, sino de nuevas relaciones y de organización social. Lo que se estaría engendrando es una nueva sociedad más que una política nueva. Lo que se ha producido es una nueva manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada.<sup>13</sup>

La pregunta que surge de inmediato es si en efecto se trata de una “nueva realidad” o si la vida social siempre fue así y las ciencias sociales habían estado ciegas por el peso de los paradigmas dominantes y de las condiciones vividas en América Latina, que no nos permitió verlo. Mi respuesta ante esta pregunta es que la vida social siempre ha sido parecida. Hay que reconocer que América Latina ha estado plagada de movimientos sociales, no necesariamente relacionados con la clase, desde los movimientos indígenas que se resistieron a la invasión española, pasando por los movimientos migratorios de principios del siglo pasado, el movimiento sufragista, los movimientos religiosos de raíz campesina, y diferentes formas organizativas urbanas, como la de los pachuchos en los años 50 y 60.

---

<sup>13</sup> Calderón y Jelin, op. Cit.

También, esta ceguera ha estado determinada por los paradigmas dominantes que han planteado una separación entre las esferas productiva y reproductiva. Desde esta posición ortodoxa, iniciada por Aristóteles, la esfera productiva o el mundo de lo público determinarían la estructura social. En ese sentido, el cambio social solo puede producirse con cambios en la esfera productiva. Es decir, la esfera productiva sería el terreno para el ejercicio de lo político y para la lucha transformadora. Sin embargo, producción y reproducción no son esferas separadas y no es solo la esfera productiva la que determina las relaciones sociales y los procesos de cambio. Como lo plantea Rosalind Petchesky, producción y reproducción, trabajo y familia, lejos de territorios separados son modos íntimamente interrelacionados que reverberan uno sobre el otro y que frecuentemente ocurren en los mismos espacios sociales, físicos e incluso psíquicos.<sup>14</sup>

A lo mejor, entonces, la vida social siempre ha sido así, pero las tradiciones teóricas monolíticas habían limitado nuestra visión de lo que podía ser considerado político y de lo que podíamos analizar como actores sociales y acción colectiva. En ese sentido, en la medida en que cambiamos los enfoques y las perspectivas de la investigación social, y con la ayuda de los y las historiadoras, Centroamérica se nos irá revelando como una tierra prolífica en acciones colectivas de diversa naturaleza; es decir una tierra prolífica en el desarrollo de movimientos sociales, más allá del movimiento obrero o campesino.

Ahora bien, cual es entonces la relación entre estos movimientos sociales diversos con la política. Tilman Evers profundizó en esta línea al

---

<sup>14</sup> Petchesky, Rosalind. 1979. "Dissolving the hyphen: a report on Marxist-Feminist Groups 1-15" pp.373-390 en Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism, editado por Z. Eisenstein. Monthly Review Press: New York.

ver a los movimientos sociales como agentes de transformación de las relaciones sociales, proponiendo un conjunto de tesis como las siguientes:<sup>15</sup>

1. El potencial transformador de los nuevos movimientos sociales no es político, sino socio-cultural. Aquí yo difiero de Evers, porque tiene una definición limitada de lo político, pero reconozco su aporte al hablar del terreno socio-cultural, que no había sido reconocido antes como un terreno analítico importante.

2. Las prácticas dispersas o fragmentarias de los movimientos no transitan fácilmente hacia una propuesta alternativa de sociedad; es más clara la negatividad de los nuevos movimientos, -lo que rechazan-, que lo que proponen como sociedad alternativa.

3. Los aspectos centrales de la construcción contracultural de los nuevos movimientos pueden ser entendidos a partir de la dicotomía “alienación-identidad.” Es decir, los movimientos conjugan la lucha contra las diversas alienaciones que engendra el capitalismo, pero también son un espacio de construcción de identidad. En ese sentido, el concepto de identidad, -de género, de etnia, de edad, de nacionalidad, de opción sexual,- expresaría mejor la perspectiva de hacerse sujetos de su propia historia en los nuevos movimientos sociales, que una categoría como la clase.

Lo anterior porque la problemática de la identidad nos coloca en la intersección de una teoría de la cultura y una teoría de la acción política y de los actores sociales. De este modo la identidad, -sin asumirla como una categoría estática, sino más bien fluida, pero unificadora-, no es solamente el lado subjetivo de la cultura, sino una categoría para entender la agencia social. En ese sentido, algunas de estas nuevas formas organizativas o movimientos son identitarios, más que clasistas.

---

<sup>15</sup> Tilman Evers citado por Mario Garcés, op cit.

4. Paralelamente a la aparición de un proyecto alternativo, los nuevos movimientos sociales generan los embriones de los nuevos sujetos correspondientes, diferente a la noción de sujetos preestablecidos en la tradición marxista más ortodoxa. Ya no es la clase trabajadora o el sujeto popular, dado que no hay una predeterminación histórica de quien puede ser considerado sujeto colectivo transformador.

Otra línea de análisis más reciente es la Boaventura de Sousa. Según él, los nuevos movimientos sociales identifican otras formas de opresión que sobrepasan las relaciones de producción- como la guerra, la contaminación ambiental, el machismo o la discriminación étnica-, con lo que abogan por un nuevo paradigma social que se basaría menos en la posesión de la riqueza y más en la cultura y la calidad de vida. Esto otorgaría a los nuevos movimientos una radicalidad de una naturaleza diferente, ya que sus luchas tienen como objetivo transformar lo cotidiano de los actores en el aquí y en el ahora y no necesariamente en un futuro lejano.<sup>16</sup> De tal forma, la emancipación comienza ahora o no comienza nunca. De hecho, no en todos los movimientos o nuevas formas organizativas hay una visión clara de utopía, tal vez solo en el feminista, que, a pesar de su reciente visibilidad, es en realidad un movimiento social de larga data, con más de 200 años de existencia.

Por otra parte, según de Sousa, la emancipación por la que luchan estos nuevos actores es ante todo personal, social y cultural. Sin perder de vista que lo personal también es político de acuerdo a las nuevas definiciones. En ese sentido, los nuevos movimientos plantean la necesidad de ampliar la definición de política más allá del marco tradicional de la

---

<sup>16</sup> De Sousa Santos, Boaventura. S.F. "Los nuevos movimientos sociales." En OSAL, No.5, pp.177-184, Buenos Aires.

distinción entre Estado y sociedad civil. Si bien sus intereses colectivos a veces están muy localizados, no por eso dejan de ser potencialmente universales. Esto porque la politización de la social, de lo cultural e incluso de lo personal abre un inmenso campo para el ejercicio de la ciudadanía y para la transformación social.

Así, por ejemplo, en muchos países, los movimientos sociales han forzado a las elites a negociar y a tener en cuenta sus demandas y han incluso contribuido a instalar gobiernos progresistas en Brasil, Uruguay, Venezuela, Ecuador y Bolivia.

Más allá de sus dificultades para proponer alternativas políticas de gran envergadura, los nuevos movimientos sociales capturan y ponen en la discusión pública muchas necesidades y aspiraciones políticas fugitivas; es decir, aquellas necesidades sobre la ampliación de la democracia (pluralismo, participación ciudadana activa, autonomía, equidad, justicia, etc.) sentidas por muchos sectores excluidos, probablemente de forma más visceral que racional, pero que no fueron recogidas por las organizaciones políticas tradicionales.

Las nuevas manifestaciones organizadas también han cambiado la territorialidad de las luchas sociales; es decir, se ha producido un debilitamiento de los viejos territorios de lucha, -la finca, la hacienda, la fábrica-, y se han creado nuevos espacios, como la comunidad, las tierras indígenas, los ríos o las reservas naturales o las periferias de las ciudades, como es el caso de la expresión de grafitis por las nuevas tribus urbanas.

Algunos autores y autoras incluso plantean que muchos de estos nuevos movimientos son más campos discursivos de actuación-acción, que movimientos en el sentido clásico. Sonia Alvarez, por ejemplo, dice que estos movimientos serían un dominio político que se extiende más allá de las

organizaciones o grupos. Plantea también esta autora que los y las activistas esparcidos en ese dominio político están constantemente comprometidos no solo en luchas “clásicamente políticas”, sino en disputas por sentidos, por significados; o sea, en luchas discursivas:<sup>17</sup> por ejemplo, por el significado de la ciudadanía, del desarrollo, de los derechos humanos, de la violencia, de la justicia, de la relación entre las personas adultas y las jóvenes, etc.

El aporte de estos nuevos análisis es fundamental porque permiten entender el cambio social no como algo fuera de los individuos o el poder como algo que hay que tomar, sino que se entiende la transformación social como un proceso de amplio espectro, dirigido hacia la mutación de las relaciones de poder básicas, las que no solo operan desde el Estado o desde las instituciones represivas, sino de forma capilar, como diría Foucault, permeando todos los aspectos de la vida humana, incluyendo la vida privada y familiar. De esta forma, la acción política de los nuevos movimientos, dirigida al cambio social y a transformar las relaciones de poder, incluiría desde actos de resistencia individual de las mujeres, los jóvenes, los indígenas, las personas con discapacidad, los homosexuales y otros individuos y grupos oprimidos, hasta las movilizaciones políticas masivas.

Estos diversos movimientos sociales que se mueven actualmente en la escena política, tienen algunas características en común:

1. Plantean luchas, aspiraciones y propuestas de cambio social y político que se resisten a las diversas formas de opresión y al neoliberalismo y que buscan incidir, de alguna forma, sobre los inestables sistemas políticos de la región.

---

<sup>17</sup> Álvarez, Sonia E. 1998. “Feminismos Latinoamericanos”, en Estudios Feministas, Vol.6, No.2, pp. 265-284, Brasil.

2. Desarrollan prácticas y discursos de transformación socio-cultural que están produciendo cambios en los valores, conductas y relaciones sociales en el campo de la sobrevivencia de la especie humana, las relaciones de género, las relaciones entre generaciones, la vida comunitaria, los valores sexuales, las relaciones interétnicas, etc.

3. No necesariamente definen como su adversario al Estado o a la clase dominante, sino a los diferentes sistemas de poder desde donde se construyen y articulan las múltiples formas de exclusión y opresión.

En términos de la productividad política de estos movimientos, los resultados han sido desiguales. De hecho, en muchas ocasiones, los nuevos movimientos no logran generar propuestas claras, ni alianzas con otras agrupaciones políticas que hagan visibles sus demandas. Tampoco logran articular, en muchos casos, sus propuestas para la construcción de un nuevo orden social, o en todo caso, plantean propuestas que solo implican rupturas parciales en el status quo. En ese sentido, sus logros están fuertemente limitados por el carácter local o de asunto único de sus demandas. Sin embargo, sus logros y aportes ya no pasan desapercibidos, y han tenido profundas implicaciones en la configuración cultural y política de sus sociedades, como resultado, por ejemplo, de la ratificación de las Convenciones de Naciones Unidas sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres, pueblos indígenas, migrantes y ahora personas con discapacidad, producidas como resultado de un fuerte pulso político de estos sectores organizados y disputadas candentemente con los grupos más conservadores en esos espacios internacionales.

### **Caso de Centroamérica**

A pesar de los procesos de democratización y de la firma de Acuerdos de Paz en la región en los últimos tiempos, estos no implicaron una

ampliación de la ciudadanía ni acabaron con la vocación autoritaria. Se terminó la guerra en Centroamérica, pero no las condiciones que la generaron. Lo anterior se ha visto agravado por los desastres naturales, así como por la firma de tratados de libre comercio que tienden a legalizar y formalizar las condiciones de desigualdad. Se ha producido en la región, más bien, un auge de la violencia, un aumento de la pobreza y el desempleo, un proceso de informalización, como única fuente de empleo para muchos y muchas, un acelerado deterioro de los recursos naturales y la aparición de la corrupción en gran escala. En resumen, el aumento de la desigualdad en todas sus formas.

Bajo estas condiciones han surgido una serie de nuevos actores,<sup>18</sup> como los vendedores ambulantes, protagonistas de batallas campales con los gobiernos municipales, independientemente de si son de izquierda o de derecha, o los damnificados de los diferentes desastres naturales. Cada vez más estas personas han asumido que las tragedias ocurridas no son personales o familiares, sino que son sociales. La presión colectiva y la lucha organizada frente a las autoridades les han unido, les han desarrollado su identidad como grupo y les ha permitido la canalización de la ayuda destinada a la reconstrucción.

Otros protagonistas recientes son los hambrientos y desposeídos en Nicaragua, que organizaron la llamada “Marcha de Hambre.” También, los trabajadores y trabajadoras de Panamá peleando contra los cambios en la seguridad social. Asimismo, las luchas contra el Combo del ICE, que llamaron poderosamente la atención de toda Centroamérica, porque como

---

<sup>18</sup> Muchas de las luchas sociales mencionadas en este apartado fueron recopiladas en el documento de Breny Cuenca y Rodrigo Paéz Montalbán denominado. “Las luchas sociales en Centroamérica: mayo-agosto de 2001, publicado por OSAL <http://www.clacso.org.ar/difusion/secciones/osal/seguimiento-del-conflicto/cronologias>.

dijo una feminista exguerrillera salvadoreña, “cuando vimos eso en la prensa, nos dijimos: mirá, ¡se despertaron los ticos!”

Otros actores importantes son los profesionales o los sectores medios luchando por alzas salariales o contra los paquetes impositivos. Las mujeres luchando por la aprobación de leyes para penalizar la violencia sexista o para despenalizar el aborto. Las mujeres guatemaltecas peleando por un alto a la impunidad y por no olvidar los cientos de femicidios que ocurren al año en ese país. Los homosexuales con sus demandas de igualdad de derechos frente al matrimonio, la herencia, la adopción. Los jóvenes dark y góticos, en su lucha contra todas las formas de autoritarismo, con unas posiciones y prácticas que más bien recuerdan a los anarquistas. Los grupos pacifistas manifestándose frente a la invasión de Estados Unidos a Irak o los ecologistas peleando por la defensa de los ya escasos recursos naturales, como el agua. En fin, multitudes diversas, que luchan por una redefinición de significados, por mejorar la vida cotidiana, por la justicia y el bienestar, por la supervivencia de la humanidad, por derechos y reivindicaciones particulares, pero también con potencialidad universal, como la ampliación de la democracia, la paz, y la redistribución de los recursos materiales y simbólicos de la sociedad.

No podemos negar también que el neoliberalismo, con su proyecto material y simbólico de exclusión social e individualización, ha generado formas organizativas que no tienen un proyecto liberador, como las “maras”, pero que son un espacio de construcción de identidades y de resistencia de la juventud excluida. No me quiero introducir en la polémica sobre cómo definimos a las “maras” cuando analizamos las acciones colectivas, pero

creo que su mera existencia nos deja una lección importante sobre las categorías analíticas insuficientes que usamos para leer la realidad.<sup>19</sup>

Finalmente, las luchas contra el ALCA y el TLC. Esto requiere de una vuelta a lo básico, es decir, a las bases materiales de la existencia humana. Pero en los nuevos tiempos y con los cambios que se han operado, ya eso no es suficiente. La lucha contra el ALCA y el TLC se ha convertido también en una defensa por la soberanía, por un pacto social solidario, por la justicia y por el bienestar en todas sus dimensiones, desde el colectivo hasta el individual y el psíquico. También se ha convertido en una lucha de sentidos, porque más que tratados de comercio internacional, estos instrumentos son proyectos culturales e ideológicos.

El actor social más importante a escala regional en este terreno es el Foro Mesoamericano. Este es un espacio de convergencia de organizaciones de base de toda Centroamérica, así como de grupos del Sur-Sureste de México. Esta iniciativa ha permitido articular a los grupos y sectores que se oponen a esta forma de libre comercio y a las estrategias de militarización. Pero este ya no es un actor colectivo como el de los años 70, ya no puede serlo. Por eso, en sus últimas versiones, los ejes de participación y análisis incluyeron a sectores específicos, como las mujeres, los jóvenes, las poblaciones afro descendientes, los sectores ambientalistas y los pueblos indígenas. Así, se combinan una serie de demandas frente a la militarización, a las privatizaciones, a los derechos laborales y ambientales, a la soberanía alimentaria, a la defensa del agua y de los recursos naturales, pero también los derechos específicos de grupos particulares frente a estos temas. Una

---

<sup>19</sup> Según Nelson Pichardo en su artículo “New Social Movements: a critical review” publicado en Annual Review of Sociology, vol. 23 en 1997, las categorías analíticas de las teorías sobre los “nuevos movimientos sociales” tienden a marginar y a dejar sin explicación aquellas acciones colectivas o movimientos que no son progresistas o que no se originan en la izquierda.

declaración como la del V Foro Mesoamericano hubiese sido imposible en otras épocas. Escuchemos:

“Con una visión propositiva, en el V Foro Mesoamericano afirmamos la necesidad de construir un sujeto y una sujeta política mesoamericana, que deberá ser multicultural e incluyente y con la responsabilidad de impulsar nuevas alternativas para el bien común de los pueblos, basados en principios de ética, justicia, equidad y sustentabilidad; en contraposición al proyecto de muerte del capitalismo neoliberal y sus prácticas de corrupción, falta de transparencia y exclusión... El movimiento social y popular mesoamericano se encuentra en pie de lucha. Cada vez se fortalecen más las organizaciones de mujeres, de jóvenes, indígenas, campesinas, de trabajadores y trabajadoras.”<sup>20</sup>

Así, el sujeto popular, abstracto, sin sexo, sin etnia y sin cuerpo de los años 70 y 80, se convirtió en el sujeto y la sujeta, multicultural e incluyente, impulsando nuevas alternativas basadas en la ética, la justicia y la sustentabilidad. Un sujeto y una sujeta con rostro de mujer, de joven, de indígena, de trabajador y trabajadora.

Si bien en esta época nos encontramos con esta clase de organizaciones y las manifestaciones y expresiones colectivas de esta naturaleza aumentan en la región, no debemos olvidar que muchos ciudadanos y ciudadanas cada vez se alejan más de la acción colectiva y se concentran en luchas individuales y soluciones personales a sus problemas, como una forma de darle algún sentido a sus vidas. Y aquí se produce una de las principales disputas que libramos con el neoliberalismo y los procesos de individualización. Es decir, ¿cómo aumentar la capacidad de los nuevos actores sociales de articular luchas y propuestas, capaces de democratizar la

---

<sup>20</sup> Declaración del V Foro Mesoamericano. San Salvador, El Salvador, 21 de julio de 2004.

sociedad por abajo y desde abajo, y de convencer a las personas de que vale la pena luchar por estos objetivos?

Vivimos en un mundo caracterizado por la ambigüedad, la fragmentación y la incertidumbre. Es difícil crear certezas en estas circunstancias. Pero la ambigüedad, la incertidumbre y la fragmentación que ha producido este modelo solo pueden ser transformadas colectivamente y, por lo tanto, las respuestas y certezas solo pueden surgir colectivamente si rescatamos el potencial transformador contenido en las visiones del mundo de los y las excluidas. Hoy, más que nunca, hay que prestar atención a las voces y a la desesperación de las personas menos privilegiadas,

Estas nuevas realidades crean un mandato para la reinención. Una llamada para las ciencias sociales y sus intelectuales para que desarrollemos métodos y categorías analíticas que nos lleven a una mejor comprensión y relación con las múltiples desigualdades que organizan y jerarquizan nuestros mundos. Esto nos ayudará a mantener la teoría y el activismo conectados -y esto no podemos abandonarlo, esto hay que reivindicarlo y atesorarlo-, nos ayudará también a producir una ciencia social que ofrezca luz sobre los problemas y las oportunidades que tenemos por delante y, en el mejor de los casos, nos ayudará a la construcción de un mundo donde haya espacio para todas y todas.

## **Referencias**

Álvarez, Sonia E. 1998. "Feminismos Latinoamericanos", en Estudios Feministas, Vol.6, No.2, pp. 265-284, Brasil.

Calderón Fernando y Elizabeth Jelin. 1987. "Clases sociales y movimientos sociales en América Latina." En Proposiciones, SUR Profesionales, No.14.

Cuenca, Breny y Rodrigo Paéz Montalbán. 2001, "Las luchas sociales en Centroamérica: mayo-agosto de 2001 en <http://www.clacso.org.ar/difusion/secciones/osal/seguimiento-del-conflicto/cronologias>.

Declaración del V Foro Mesoamericano. San Salvador, El Salvador, 21 de julio de 2004.

De Sousa Santos, Boaventura. S.F. "Los nuevos movimientos sociales." En OSAL, No.5, pp.177-184, Buenos Aires.

Garcés, Mario D. 2003. Los movimientos sociales en América Latina en el actual contexto. Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Mimeo

Hale, Charles H. 1997. "Cultural politics of identity in Latin America." Annual Review of Anthropology, vol. 26: 567-590.

Kirkwood, Julieta. 1984. "El feminismo como negación del autoritarismo." Nueva Sociedad 71:114-121.

Lengermann, Patricia M. y Jill N. Brantley. 2000. "Teoría feminista contemporánea", pp. 353-409. En Teoría Sociológica Contemporánea, editado por G. Ritzer, McGraw-Hill: México.

Lenin, Vladimir I. 1975. "What is to be done." Pp. 12-114 en The Lenin Anthology, editado por R.C. Tucker. Oxford University Press: Nueva York.

Lorde, Audre. 2003. La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias. Editorial Horas y Horas: Madrid.

Melucci, Alberto. 1985. "The symbolic challenge of contemporary social movements." Social Research (52): 4.

Petchesky, Rosalind. 1979. "Dissolving the hyphen: a report on Marxist-Feminist Groups 1-15" pp.373-390 en Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism, editado por Z. Eisenstein. Monthly Review Press: New York.

Pichardo, Nelson. 1997. "New social movements: a critical review." Annual Review of Sociology, vol. 23: 411-430,

Preciado, Beatriz. 2004. Multitudes Queer. Notas para una política de los "anormales" en <http://multitudes.samizdat.net/-Multitudes-une-revue-trimestrielle-.html>.

Sagot, Montserrat. 1992. Women, political activism and housing: the case of women's struggle for housing in Costa Rica. Ph.D. Dissertation. Department of Sociology. The American University, Washington, D.C.

Walsh, Edgar J. 1981. "Resource mobilization and citizens protest in communities around Three Mile Island." Social Problems 29: 1-21.

Yúdice, George. 1996. "Intellectuals and civil society in Latin America." *Ann. Scholar* 11(1/2):157-174.